



Hicieron señas a sus compañeros

“El regalo máspreciado que podemos dar a otros es nuestra presencia. Cuando nuestra atención plena abraza a los que amamos, florecen como flores” (T. Nhat Hanh)

Continuar acogiendo los frutos del XVIII Capítulo General es volver a encontrarnos como Familia claretiana con el Señor resucitado a orillas de la vida, es un dejarnos reiniciar. Dejar que Él nos ponga el contador a cero y que, de nuevo, sean su memoria y sus gestos los que inspiren nuestros modos de recorrer el camino.

✓ **Me dispongo:** abriendo mis manos y respirando en ese Aliento mayor que sostiene la vida.

✓ **Pido** la gracia de acoger los “peces” de mis hermanas, y mis compañeros de misión, en sus diferencias y poder poner los míos sin encogimiento y con gratitud. Poder concretar el modo en que él nos sueña como Familia Claretiana en este momento de la historia.

Lucas 5, 1-7

Jesús es el que se acerca, él toma la iniciativa, *se pone junto* a nosotras, *nos ve* allí donde estamos; se sube a nuestra barca... nos pide... se sienta a nuestro lado, nos enseña... Allí donde no podemos, en su palabra y en su nombre lo volvemos a intentar. Sólo Él es el que puede.



Después de haber *remado mar adentro* durante este tiempo, ahora toca *“hacer señales a los compañeros de la otra barca para ayudarnos unos a otros...”* (cf. Lc 5, 7).

Por la palabra y la acción de Jesús, hay sobreabundancia en el corazón, hay una invitación a más amor, hay una pesca que necesitamos de otros para llevarla a cabo... Cuando juntamos nuestras necesidades no nos volvemos más frágiles, sino más “cómplices”. Somos invitadas a caminar juntas y colaborando con otros, para que cada uno pueda ofrecer lo mejor.

Nos reconocemos formando parte de en un mundo de relaciones difíciles y fracturadas y la débil maqueta de nuestras vidas compartidas quisiera poder decir

que *otras relaciones son posibles*, que hay una manera de vivir y trabajar juntos que humaniza, que ayuda, que facilita la vida...

Armonizando las diferencias

Reconocer la diversidad de registros que compartimos en nuestra vida juntas, desde la comida, hasta el modo de orar y la manera de reaccionar. La respuesta de los otros, sus modos de funcionar, no se dan en los registros en los que yo esperaría. Estamos, en muchas ocasiones, en vibraciones distintas y nos hace bien reconocerlo y aprender a ir descubriendo y asumiendo esta polaridad de registros. Comentaba una religiosa de una hermana de su comunidad: «Ella me quería ayudar, pero su manera no me ayudaba». No expresamos la vida del mismo modo, no puedo esperar que los otros descubran lo que necesito y muchas veces sin darnos cuenta por lo que proyectamos casi provocamos aquello que queremos evitar. Nos toma el *síndrome de Marta* cuando, antes de que Jesús diga nada, ella supone, interpreta, reacciona, y se queja... y lleva la realidad a un punto de auto-centramiento (cf. Lc 10, 40).

Hay que aprender a lidiar con las fricciones que provoca la convivencia diaria y abordarlas como lo que son: pequeños roces, sin sobredimensionarlos, ni darles poder para cerrarnos nuevas oportunidades de encuentro. Me abrió los ojos una anécdota que me contó una hermana argentina, ya mayor, que lleva toda su vida trabajando con niños con diversas capacidades. Me relató que había hecho entre ellos un aprendizaje esencial, que el que más te puede ayudar es el más diferente a ti: dos niños en silla de ruedas no pueden empujarse el uno al otro. El distinto acrecienta lo que me falta, me lleva más allá, me aporta otras perspectivas. Para estos niños ser diferentes no supone amenaza, al contrario, lo diverso del otro se convierte en bendición cuando hay encuentro. Tan evidente es esto en la dimensión corporal y cuánto nos cuesta aceptarlo interiormente.

Si este *primer círculo* lo vivimos en clave de “compañeros”, nuestras comunidades, nuestros espacios compartidos con los laicos, podrán llegar a convertirse en buena noticia para los pobres y pequeños.

No sentirme amenazada por la expresión de la otra, donde no llega mi don, llega el don de mi compañera o compañero, juntos sumamos más.

Para interiorizar:


-¿Cómo se sienten los demás conmigo? ¿Se sienten bien en mi presencia, sin el temor de que quiero que sean diferentes de lo que son? ¿Se sienten animados a sacar lo mejor?

- ¿Cómo son mis señales en mis relaciones? ¿En qué medida dejo entrar el virus de las 3 C's (competir, compararnos, criticar) en mis pensamientos, conversaciones y actitudes cotidianas? ¿Que nos ayudaría a neutralizar este virus?

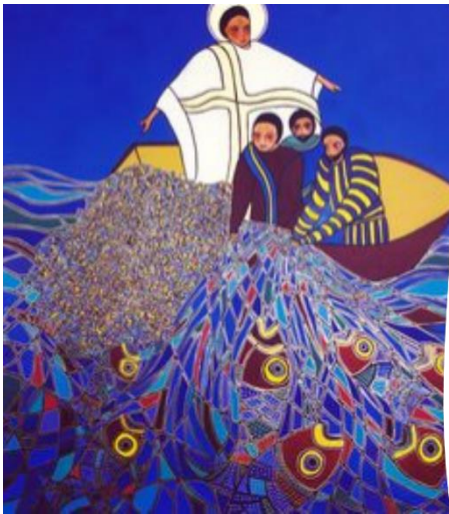
- En el viaje podemos endurecernos o enternecernos (escorar hacia la queja o crecer en agradecimiento) ¿Qué puede ayudarnos a ir creciendo en un modo saludable de interdependencia, de afirmación apreciativa de los otros? ¿Cómo agradecer más a

mis hermanas, a mis compañeros de camino, lo que son, y aportan en sus diferencias?

Recomenzar una vez más

 **Jn 21, 1-15:** “Al clarear el día se presentó Jesús en la orilla”.


Visualízate con aquellas personas con las que recorres el viaje de la vida, este tiempo y este lugar concreto donde estás. Acoge a cada una, con su nombre propio, con su realidad distinta de la tuya; recíbelas como compañeras con las que el Resucitado te invita a seguirle y a echar las redes de nuevo; a no dejar que te roben la alegría...ni la capacidad de agradecer.



-¿Con qué personas, de que modos soy invitada a echar de nuevo las redes, a volver a intentarlo, a practicar con otros los cuidados del amor?

-¿Cuál es ese “pez” que el Señor me pide en este momento y que nadie puede poner por mí?

-¿Cómo invito ya a los otros a poder ofrecer su pez? Pido a Jesús me contagie sus modos de pedir para validar.

 **Jn 21, 15-18:** En el reencuentro de Jesús con Pedro, revivo mi propia historia:

- La primera vez que echó las redes por él y sintió la llamada: “*Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador...*” (Lc 5, 1-11).
- Los tiempos fuertes: “*Tu eres Pedro...*” (Mt 16, 18).
- Los momentos más difíciles: “*Aléjate de mí Satanás...*” (Mt 16, 23)
- La confianza defraudada: “*aunque todos te abandonen yo no te abandonaré*” (Mt 26,35). “*No conozco a ese hombre*” (Mt 26,72).
- La amistad recreada: “*Simón, hijo de Juan, ¿Me amas más que estos?*” ...
- y la invitación a volver a empezar: “*Sígueme*”, le dice por segunda vez en su experiencia de mayor fragilidad. Es en nuestra pobreza, y no en nuestros logros, donde el Señor nos renueva su amor y nos confía lo que más quiere: *cuida de los míos...*

Es en nuestra fragilidad donde podemos cuidar con los modos de Jesús

Cuando somos llamados a colaborar con otras personas, somos invitados a considerar a cada una de ellas como si nos hubiera sido confiada personalmente (cf. Jn 21, 15), como si cada uno de los miembros de mi comunidad, de mi grupo, tuviera que ver expresamente con mi seguimiento de Jesús en este espacio y tiempo

concretos, son mi primer eslabón del Reino, lo que les pasa tiene que ver conmigo, sus alegrías y sus dolores necesitan encontrar resonancias en mí.

Este sentido de interdependencia, cuando es saludable genera en sí mismo contactos humanizadores, dentro y fuera de casa. Contactos que requieren de gestos cotidianos donde se generan y fortalecen los vínculos: el interés mutuo, una palabra de ánimo y complicidad, la cercanía callada ante dolores y pérdidas no confesados, el adelantarnos en facilitar las cosas... y tantos gestos mínimos que maximizan el valor de vivir juntos.

Cuando a las *ammahs* del desierto les preguntaban cómo saber si la discípula estaba muy cerca de Dios, ellas venían a decir algo así: si cubre con ternura la fragilidad de su hermana y si aligera su carga. La compasión encaminó a estas madres del desierto a una aguda comprensión de las batallas internas de los otros. Cultivaban un corazón tierno, vulnerable y expansivo, y rechazaban vigorosamente cualquier actitud crítica o censora; enseñaban que el autoconocimiento es imprescindible para una vida en común, pues la conciencia de las propias debilidades es la oportunidad para profundizar nuestra compasión con las debilidades de los otros

Somos *terapeutas* unos de otros en el cotidiano vivir. Nos encontramos realmente con los demás cuando somos capaces de amarlos en su fragilidad, en su humanidad (como hace Jesús con Pedro).

Y sólo cuando nos vamos atreviendo a mostrar la propia vulnerabilidad, cuando soltamos nuestras defensas, paradójicamente también nos vamos capacitando para sanar. Necesitamos generar amplios espacios de confianza y creer, que la realidad da más de sí, que la otra, que el otro, da más de sí y que no tenemos ni idea de los miedos que cruzan su corazón. Reconocer la necesidad de aprecio y reconocimiento que cada una tiene y la torpeza para expresar el cariño. Estamos más necesitados de lo que mostramos, pero también somos mucho más amorosas de lo que mostramos. Dejar que Jesús libere esa fuente del amor en nosotras.

«Extenderás las manos y otro te llevará».

Abre y extiende tus manos para acoger a las demás y permitirles entrar en tu corazón con sus ideas distintas, con una cultura distinta, con sus dones y sus debilidades, sus preocupaciones, su sufrimiento, su sabiduría, su alegría... Hay Alguien de quién podemos fiarnos y a quién podemos dar juntas vuestras manos. Es Él mismo quien nos ha conducido hasta ahora, quien nos lleva, y quién nos llevará.

«...Habéis sido llevadas por mi desde el vientre, sostenidas desde el seno materno. Hasta vuestra ancianidad, Yo seré el mismo, os sostendré hasta vuestra vejez. Lo he hecho hasta aquí, os he llevado, y os sostendré, os salvaré» (Is 46, 4)

“Por todo lo que ha sido, gracias, a todo lo que ha de ser, sí”. (D. Hammarskjöld)